

El espíritu de Cambó quiere suceder a Tarradellas

MANUEL CAMPO VIDAL

DESDE la penumbra del poder político y económico ha dado un paso al frente el hombre clave del retorno de Tarradellas a Cataluña pasando por Madrid. Su nombre es Manuel Ortíz, oficialmente apolítico, pero presunto hombre de Suárez. Paralelamente desde Moscú, un político metido a embajador prepara su vuelta con la vista fija en el liderazgo de la UCD catalana. Ese otro hombre es Juan Antonio Samaranch, de reconocida audiencia entre un sector de la burguesía catalana. Al fondo, Tarradellas y el hecho sucesorio. En la mente de esa burguesía, la foto fija de Francesc Cambó.

El presidente de la Generalitat ha reiterado su voluntad de no presentarse a las elecciones del Parlamento catalán, agravando la inquietud que sienten los sectores empresariales y financieros catalanes, huérfanos de un líder capaz de aglutinar un bloque de centro-derecha suficiente para evitar a Josep Benet como presidente de una Generalitat escorada a la izquierda por voluntad popular.

La orfandad del centro-derecha es, de todos modos, de padre y madre, es decir, tanto en el plano institucional como en el liderazgo de la UCD. Porque la UCD está llamada a encabezar este bloque y ni los giscardianos Güell y Molins con su Unió del Centre de Catalunya, ni el valioso fichaje del diputado democristiano Anton Cañellas no han supuesto todavía el hallazgo del hombre punta con suficiente capacidad de convocatoria entre el capital y proyección pública al mismo tiempo para impulsar una política acorde a sus intereses.

Un hueco por el que emerger

Al polémico ejercicio del poder de Tarradellas deberá agradecer el bloque de centro-derecha que el presidente la haya creado en su gobierno un hueco al forzar la dimisión del fiel Rahola, antiguo delegado del presidente en el Interior, consejero de Gobernación del Consejo Ejecutivo de la Generalitat provisional y poseedor de un título propio sólo de minorías: cuarenta y dos años de fidelidad a una institución y a su presidente.

La salida de Rahola del Gabinete de unidad nacional que socialistas y comunistas quieren conservar a cualquier precio, debía ser cubierta

en principio por el joven economista Josep María Bricall, actual secretario general de la Generalitat y hombre de la total confianza de Tarradellas, aunque no tanta de Madrid. Pero cuando todo parecía decidido, Tarradellas trató de convencer el pasado fin de semana a Reventós, Triginer, Gutiérrez Díaz y Pujol —el quinto consejero político, Carlos Sentís, no se encontraba en Barcelona pero en este caso no importaba— de que Bricall debía seguir en sus funciones actuales para cubrir la baja de Rahola con un catalán de cincuenta y ocho años que emerge así de la penumbra del poder en la que siempre ha estado instalado: Manuel Ortíz, impulsor en los años sesenta del Banco Industrial de Cataluña y ex director del Instituto de Moneda Extranjera con García Moncó en el Ministerio (Tarradellas dio su aprobación a ese cargo), está llamado a ser según todos los indicios el hombre que el centro-derecha quería situar

desde ahora en la Generalitat para sustituir a Tarradellas en cuanto el Estatuto de Autonomía entre en vigor.

¿Qué existió entre el nombramiento casi consumado de Bricall y el súbito cambio de opinión de Tarradellas con la entrada en escena de Ortíz en menos de veinticuatro horas? Algo equiparable a una larga conversación telefónica con Madrid, desde donde se habría recomendado insistentemente este nombre, poseedor de la confianza de la Moncloa.

Tarradellas tenía incluso en su mesa un Decreto firmado con el nombramiento de Ortíz mientras Reventós y Gutiérrez Díaz trataban de imponer el sometimiento previo de esta designación a la Asamblea de Parlamentarios Catalanes, paso obligado según los acuerdos de Perpignan previos al restablecimiento de la Generalitat provisional, pero de difícil memoria para el presidente.

La otra mitad de Cambó

No obstante, la operación del centro-derecha no quedaría completamente iniciada con este movimiento del caballo blanco Ortíz saltando a la mesa del gobierno de la Generalitat, sin otro crucial movimiento complementario: dotar al centro-derecha de una cabeza visible en un plano político no confundido con el institucional, capaz de obtener la confianza de los partidos integrantes de este bloque y, al mismo tiempo, de esa burguesía catalana que recela del nacionalismo de Pujol, a la que molesta el coqueteo de Roca Junyent con socialistas y comunistas, que rechaza a Socias Humbert, que teme a Josep Benet en la presidencia de la Generalitat si se mantienen los resultados del 15 de junio, que se sabe débil con Sentís al frente de la UCD y que siente con esperanza la apertura, con Ortíz en la Generalitat, de un período político de recuperación presidido por el espíritu de Francesc Cambó.

El papel complementario a Ortíz, ese hombre tan buscado que no ha querido ser nunca Pere Durán Farell, podría encarnarlo Juan Antonio Samaranch, exiliado voluntariamente en Moscú a la caza desde la Embajada española de los votos de los países socialistas para resultar elegido en 1980 presidente del Comité Olímpico Internacional. Pero Samaranch no se ha ido de aquí a diferencia de otros embajadores que terminan por desconectarse de la realidad del País. Todas las noches ve en la Embajada varias horas de televisión en castellano y catalán que diariamente se le envía a Moscú por avión. Todos los días recibe por télex una crónica confidencial de unas ciento cincuenta líneas que nada tiene que ver con el rutinario servicio del Ministerio de Asuntos Exteriores. Frecuentemente recibe visitas importantes que completa con viajes a Barcelona, donde se encuentra, por ejemplo esta misma semana. ¿Es Samaranch ese segundo hombre? De que quiere serlo hay pocas dudas. Rodolfo Martín Villa sería, de todos modos, la persona más adecuada para responder a esta importante pregunta porque ésa parece ser precisamente la identidad del enigmático personaje que mueve piezas desde el lado derecho del tablero catalán. ■

